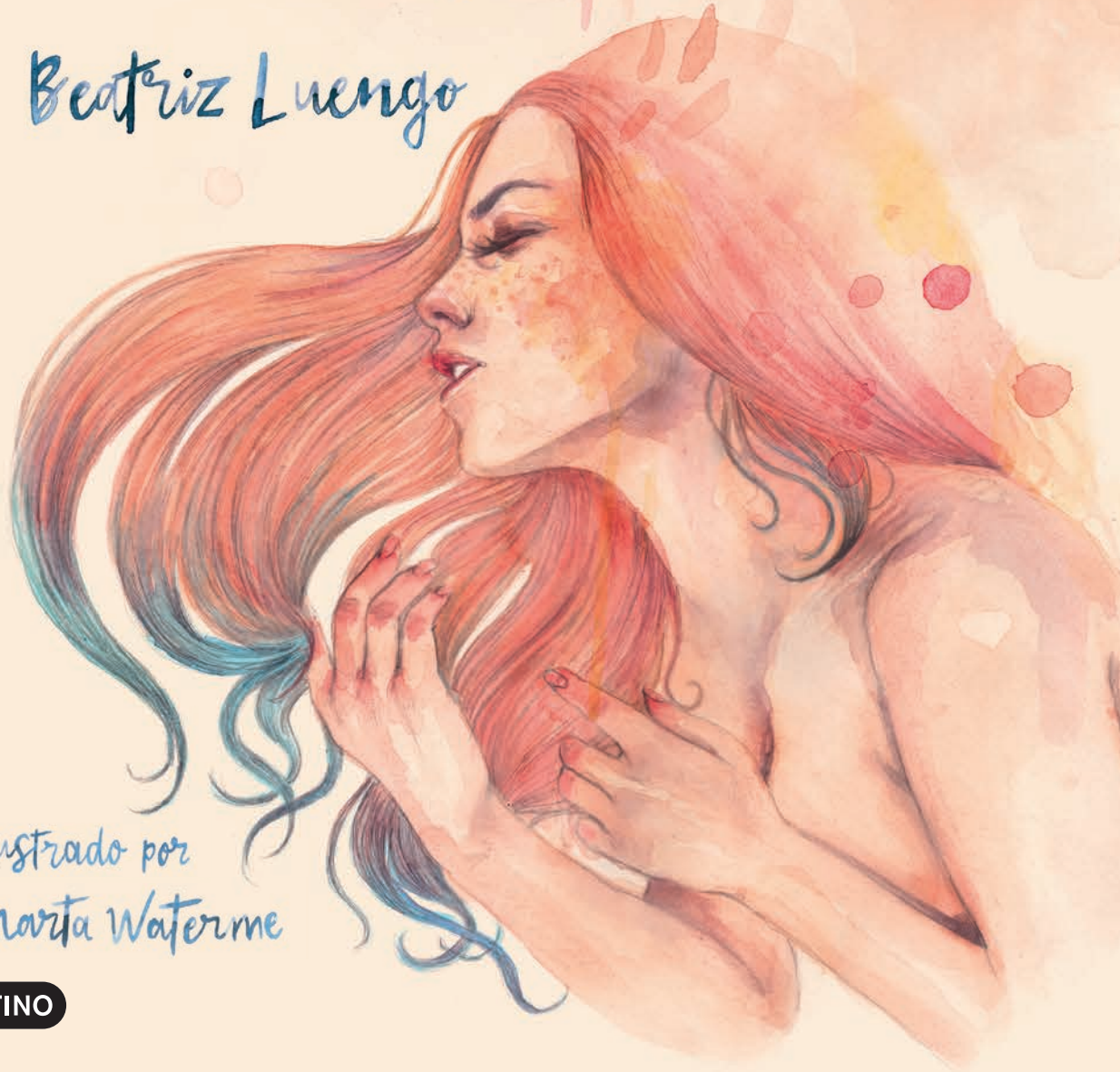


El despertar de las murgas

Beatriz Luengo

Ilustrado por
Marta Waterme

DESTINO





El despertar de las MUGAS

Beatriz Luengo

Ilustrado por Marita Waterme

DESTINO

DESTINO, 2019
Editado por Editorial Planeta. S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

© del texto: Beatriz Luengo, 2019
© de las ilustraciones: Marta Waterme, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: octubre de 2019
ISBN: 978-84-08-21553-0
Depósito legal: B. 17.101-2019
Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Índice

El despertar del mundo. Prólogo de Elvira Sastre	11
Para ellas. Todas esas comas rebeldes	
que nos abrieron camino	15
El porqué. <i>Des-aprender</i> lo aprendido	19
El dolor y yo	25
A quien me lee	27
Introducción	29
Musa I. María Magdalena	34
Musa II. Mileva	52
Musa III. Nannerl	72
Musa IV. Margaret Ann	94
Musa V. Waris	112
Musa VI. Valentina	134
Musa VII. Margaret	154
Musa VIII. Eva	172
Musa IX. Malinche	192

Musa X. Rosalía	212
Musa XI. Gala.....	230
Muso XII. Carlos	246
Epílogo. La sombra fresquita	263
Agradecimientos	271
Biografía. Beatriz Luengo.....	279

La coma soñaba con ser eterna, pasar a la posteridad con cierta relevancia. La coma no solo quería separar personas en una lista de invitados a un cumpleaños o alimentos en una lista de la compra. La coma por un momento quiso ser punto. Y no punto y aparte, sino punto, de los de «después de mí, nadie». Pero a la coma le faltó soberbia. Siguió siendo coma... Su familia trató de explicarle su importancia, que sin ella habría mucha confusión y Carlos Javier sería tomado por una sola persona en esa fiesta, nadie habría podido prever que eran dos: Carlos y Javier; eso no hubiese sido posible sin la coma. Pero para ella no era suficiente. Un día vio la luz: «¡Quizá podría ser tilde!», pensó. Todos en casa le decían: «¡No! Tú eres coma y naciste para coma porque vienes de una familia de comas». Pero ella, testaruda, pidió rellenar el formulario para ser tilde, y la llamaron. «¡Qué gran

oportunidad! —pensó—. Ser tilde y que todo el mundo tenga que acordarse de mí, que al pasar por mí la palabra se vuelva más importante, que todos tengan que alzar la voz en ese microsegundo alegando que yo estaba ahí.» La coma estaba ilusionada, era su gran oportunidad, pero al llegar a la entrevista de tildes alguien con muy poca sensibilidad le soltó: «No importa cuánto tiempo lleve usted siendo coma, para ser tilde se necesita notoriedad, y usted carece de un pasado relevante».

La coma salió de allí cabizbaja, casi a punto de llorar, pero de repente paró en seco y se dijo a sí misma: «¡Soy una coma, sí! Pero no de las que separan, soy una coma de las que unen, de las de trabajo en equipo, familia numerosa, derechos humanos y muchas opciones en la carta a los Reyes Magos. Una coma necesaria que te invita a una pausa, de las que al llegar a ellas te detienes, suspiras y piensas "menos mal que existen las comas". No pasaré a la historia como un punto egoísta ni como un acento egocéntrico. Seré una coma de las de puertas abiertas, porque los puntos finales nunca fueron una opción para mí».

El porqué

Des-aprender lo aprendido

Este libro parte de la necesidad de plasmar un concepto que rige mi vida y el cristal a través del que miro el mundo: «*Des-aprender lo aprendido*», sacar impresiones sobre las personas y darles la vuelta. No subestimar a nadie por lo que parezca. Dejar de pintar en el cerebro de la gente con esos rotuladores Carioca que resultan imposibles de borrar y empezar a anotar información con un lápiz con goma de borrar y, así, escribir y *des-escribir* sobre los demás según evolucionen.

No soy historiadora ni filósofa; solo soy una mujer a la que el prejuicio le ha robado parte de la vida. Alguien de la que contaron una historia que no corresponde con la actualidad, y a la que no se le reconoce una

evolución. Soy un poco Eva, un poco María Magdalena, un poco Mileva; también soy un poco mi vecina, a la que tacharon de loca (cuando a mí me parece que habría sido una guionista impresionante). También soy mi prima Yamilet, la mejor actriz que he conocido en mi vida, pero quien se dedicaba a organizar *caterings* para eventos. Y, sobre todo, soy mi madre, el ser más capacitado para cualquier tarea que se proponga... En un currículum real no habría páginas para definir sus capacidades. Si preguntas en el barrio quién es mi madre, la respuesta será «la hija de Parras» o «la mujer de Nacarino». Pero ella es ELLA, con un liderazgo capacitado desde la calma que la asemeja a Gandhi.

Yo, su hija, heredando el «síndrome de la subestimación» como estado de WhatsApp, desarrollé un poco más la enfermedad, llegando a ser no únicamente ignorada, sino objeto de prejuicio. El prejuicio me enseñó a ser fuerte. También me enseñó que la vida es un camino donde la finalidad es simplemente parecer lo que realmente eres, pues a menudo somos una cosa y parecemos otra. En mi caso, debido a eso y a lo que me hacía

sentir, tuve que abandonar mi país, a mi familia y todo lo que era vital para mí. Necesité salir fuera para que el cuaderno de mi historia empezase en blanco, porque el relato dibujado sobre él era imposible de *re-dirigir*.

A partir de ese trauma, mi vida se ha convertido en un constante ejercicio de *re-escribir, re-aprender, re-cuestionar* absolutamente todo y a todas las personas que conozco, leo, veo en televisión o de quienes me hablan. Y, una vez más, en un ejercicio mental que realizo siempre desde que emprendí ese viaje geográfico y emocional hace quince años, empiezo este libro.

Las personas de las que hablo son reales, su sufrimiento y la injusticia que padecieron, también. La parte en cursiva al acabar los relatos son los datos verídicos a partir de los cuales creo su historia; el texto anterior (las escenas que describo, algunos personajes que aparecen en ellas, sus conversaciones) es fruto de mi imaginación a partir de lo que considero que debió de ocurrir, es decir, no estoy *fictionando* por inventar historias de impacto, realmente trato de acercarme a lo que imagino que debieron de sentir.

Considero que para mirar al futuro hay que mirar primero al pasado y ser capaces de replantearlo. ¿Y si María Magdalena no fue realmente prostituta? ¿Y si Eva mordió la manzana en un acto de amor jamás visto antes y no por desobediencia? ¿Y si Einstein no es solamente ese señor simpático que aparece en las camisetas *hipsters*?

Habrà quien se lleve las manos a la cabeza por mi osadía de *re-escribir* personajes bíblicos o históricos, pero es que antes que yo estas mujeres de las que hablo fueron subestimadas y empaquetadas en unas historias que no les hacían justicia, es decir, en mi opinión alguien alteró su paso por el mundo; algunos, mucho antes de mis historias *ficcionadas*, que tratan de resarcirlas, se atrevieron a decir incluso que eran «malditas». Yo escribo también, como ellos, mi propia versión, la que para mí se acerca más a su realidad. Eran mujeres adelantadas a su época, con una capacidad de amar infinita y demasiada docilidad, pues, de algún modo, dejaron (aunque quizá les hubiera sido imposible cambiar el desarrollo de la historia) que cayera sobre ellas la parte negativa del relato.

Deseo con el alma y el corazón que se les haga justicia y que, a partir de esta lectura, cuando vosotros veáis una imagen de Einstein, veáis también a Mileva; cuando escuchéis a Mozart, recordéis también a Nannerl... Ojalá consiga eso, porque en muchos momentos, mientras escribía este libro, he sentido escalofríos y he pensado que «mis musas» están felices de que se reconozca su paso por el mundo como merecen.

Desde mi personal punto de vista, planteo una pregunta al aire para mí y, sobre todo, para mi hijo, para que sepa que debe adquirir conocimientos hoy y ser capaz de modificarlos mañana: nada debería ser aprendido a perpetuidad. Quiero que su mente lo lleve a debatir cualquier cosa desde el respeto y el amor.

Y yo, como mujer, deseo que cuando un día no esté, o con un poco de suerte aún estando, alguien cuente mi historia de manera veraz y justa y me dé la oportunidad de evolucionar sin esconderme tras un nombre masculino y sin el peso de la desconfianza en mis capacidades para crecer.



El dolor y yo

El dolor está sobreutilizado
como el aguacate en los veganos,
como la legumbre en los latinos.
El dolor no tiene conservantes,
va de boca en boca sin piedad,
nadie se lo queda, todos se lo pasan.
No lleva sal,
pero acelera los latidos.
Ni glucosa,
pero daña mis sentidos.

Yo soy diabética al dolor
porque después de tanto sufrido
el azúcar no me parece tan malo.



A quien me lee

¿Quién eres?

No eres tu estatura o tu peso.

No eres tu edad. Y mucho menos tu género o el lugar donde naciste.

Eres tu libro favorito. Eres la canción atrapada en tu cabeza y lo que desayunas los domingos. Eres esa película que decidiste volver a ver y esa persona a la que eliges besar.

Quizá el mundo siempre escogerá ver el millón de cosas que no eres.

Porque no eres de donde vienes.

Eres adonde vas.



Introducción

¿Quién nació primero, la musa o el poeta?

¿Qué texto es más antiguo, el del profeta que escribió la historia de la Biblia o el de las musas en las leyendas de los dioses del Olimpo?

La música existió antes de que alguien decidiese dibujar las notas. ¿Quién la inventó entonces? ¿El que tuvo la destreza musical, al que le dieron la oportunidad de poner la melodía sobre papel o aquella mujer que, soplando una caña hueca para avivar el fuego, descubrió la flauta hace 40.000 años?

Las primeras mujeres *sapiens* observaron la luna y sus fases creando lo que hoy conocemos como calendario. Sin embargo, miles de años después los sacerdotes de la antigua Babilonia estudiaron el cielo noctur-

no dejando textos sobre lo que observaron. ¿Quiénes fueron entonces los primeros astrónomos del mundo? Todo existe en nuestras mentes antes de ser puesto en papel, es por eso que yo defenderé que antes de los grandes pensadores, los filósofos, escritores y genios, con grandes oportunidades de desarrollarse e ir a las universidades, LAS MUSAS ya existían, y con ellas, su conocimiento. Y no me refiero al concepto de musa como ser pasivo, romántico y delicado. Hablo de esa musa creadora, inteligente e infinita. Reivindicativa y fuerte. Y sofocada durante siglos, pues asusta la existencia de un ser supremo capaz de crearlo todo, hasta la vida.

Hoy las musas ya no se esconden bajo nombres y apellidos masculinos, exigen relevancia, sueldo y seguridad social. Ya no esperan ser soñadas o invocadas para existir. Existen. Sin esconderse más. Son una realidad.



*No podemos cambiar el mañana
sin reescribir el ayer.*

